
EDITORIAL

Explicar un fenómeno tan complejo como el teatro es una necesidad que hunde sus raíces en los orígenes de la propia creación dramática. Ya Aristófanes resume en sus comedias puntos de vista críticos que no sólo son meras apreciaciones, sino que tienden a determinar la libertad del dramaturgo, del actor y aun del espectáculo, estableciendo las premisas —contradictorias las más de las veces— de una teoría teatral, que para los especialistas resulta, junto con los testimonios de la *Commedia Dell'Arte*, el antecedente directo del Teatro del Absurdo contemporáneo. Para el artista (escritor, actor, director, escenógrafo. . .), único que puede hablar desde dentro del proceso creador, resulta difícil aceptar como única la verdad de un sistema filosófico, especialmente en aquellos puntos en que se trata de definir la esencia de la propia obra de arte. En cambio, se inclina por la subjetividad, con toda su omnipotencia mágica, capaz de distorsionar la realidad visible, para revelar el mundo interno, el de las relaciones anímicas entre los seres, los objetos y las leyes de equilibrio que determinan la trayectoria de sus acciones. En esto, el arte está por encima de los designios divinos, como exclama el viejo rey Lear, ciego para comprender su destino, en la conocida tragedia de Shakespeare.

Por otra parte, generalmente lejos de la inspiración mística y del juego fársico, el crítico, el teórico, ávidos por descubrir las fórmulas universales que rigen la estética, han planteado la problemática del teatro con la objetividad y rigor de sistemas racionales, que varían ciertamente según el enfoque. De aquí que, y como una consecuencia de la obra teatral concreta experimentada, surjan teorías, postulados y cartabones que paradójicamente tratan de normar a priori la propia creación.

Así, se muestra al artista contemporáneo un panorama rico en posibilidades intelectuales, aunque poco estimulante para sus tendencias espontáneas, lo cual deriva en una confusión que requiere de una amplia información que le permita instrumentar los términos y conceptos que se barajan en la complicada cultura en que estamos adscritos. Es entonces cuando la propia experiencia, y cuando la intuición más espontánea del genio creador abren brechas y tienden puentes en medio de tantas especulaciones. Y es que ¿cómo conjurar con la palabra lo imprecisable de una actitud mimética e imaginativa que nace con el hombre mismo y se desarrolla, cambiando máscaras, en la medida de su historicidad?

Juego, remedo de lucha, o don divino, es sin duda el teatro una dimensión soberana que no puede explicarse plenamente con sólo analizarlo bajo el punto de vista de las infraestructuras, de los orígenes culturales, de los arquetipos psíquicos, de los categoremas o predicables del conocimiento, de la revelación gnóstica. . . , etcétera, etcétera.
